

¿Quién fue José Martí? Por Armando Hart Dávalos

Hablar sobre José Martí en los albores de un nuevo siglo y un nuevo milenio nos motiva a adentrarnos en el sistema nervioso central de la historia de América Latina y el Caribe. Precisamente en su ensayo Nuestra América, término que utilizó para diferenciarla de la otra, la que no es nuestra, expuso sus problemas fundamentales y proclamó: “ ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes.”

Para ser consecuentes con su legado, los cubanos tenemos el deber con América y el mundo de mostrar, con mayor precisión y actualizando sus ideas, quién fue José Martí (1853-1895), el más profundo y universal pensador de habla española, figura cumbre de la política, la revolución y la cultura latinoamericanas; una identidad que se halla en el corazón de nuestro patrimonio espiritual y científico.

Cada día se hace más necesario conocer cabalmente quién fue aquel hombre, precursor del modernismo en la poesía, considerado entre los mejores prosistas de habla castellana de su época, ensayista capaz de abordar, destacar e identificar todo lo nuevo que se revela en la ciencia y la cultura de su tiempo, avanzadísimo crítico de arte y, en primer lugar, organizador, del Partido Revolucionario Cubano y de la última guerra de liberación de Cuba.

Para subrayar cómo llegó a una comprensión de tan largo alcance y enfrentar los desafíos que tiene Iberoamérica hacia el siglo XXI, rememoremos cómo se gestó y alcanzó grandeza este paradigma a quien Gabriela Mistral calificó como "el hombre más puro de la raza". Martí recogió, en gran parte de sus sentimientos e ideas, lo mejor de la

cultura de origen hispánico, lo reelaboró, le dio carácter americano y amplió su universalidad. A la vez, asumió como propia la tradición y la cultura prehispánicas de América y señaló que la liberación de América no se conseguiría sin la participación del indio.

Fue un hombre sencillo: “Yo soy bueno, y como bueno/ moriré de cara al sol”, proclamó-; amante fino y profundo de las letras y de lo bello, sensible y apasionado por la búsqueda del conocimiento humano. Maestro, periodista, combatiente político que, de manera infatigable estudió, leyó y escribió acerca de todo lo humano que ocurría en el mundo de su época: crónicas de la invasión colonial francesa al territorio del actual Vietnam, y páginas impresionantes que releemos con emoción y deslumbramiento en relación con el alma rusa, así como historias, narraciones de las más diversas naciones de Europa, del mundo, incluidas, desde luego, sus maravillosas descripciones de cómo era la España de entonces.

Fue el cubano capaz de describir y detallar con la mejor literatura castellana, desde los sucesos de Chicago hasta los más relevantes descubrimientos científicos del mundo que conoció. Fue capaz, a su vez, de escribir páginas inolvidables de los principales personajes de la historia, la política, la literatura y la ciencia.

El ideario que heredó de los forjadores, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, unido a la vasta cultura que alcanzó, le llevaron a desarrollar y enriquecer las ideas políticas y culturales más avanzadas de su tiempo. De su periplo por el mundo dejó inigualable testimonio en su obra periodística, su poesía, su narrativa y, sobre todo, en los certeros análisis de ensayística enjundiosa e iluminadora.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, se alza en La Demajagua el 10 de octubre de 1868 contra el poder colonial español, tenía Martí escasos 16 años, y escribe unos versos

memorables nacidos de una altísima sensibilidad cultural y amor a la libertad.

Con su amigo entrañable Fermín Valdés Domínguez firma una carta de censura dirigida a un condiscípulo desertor de la causa de la independencia de Cuba. La misma es ocupada y ambos apresados. Martí se responsabiliza, es condenado a cadena y grillete, cuyas marcas quedan para toda la vida. Va a las canteras de San Lázaro y de allí a Isla de Pinos, posteriormente es deportado a España. Sólo cuenta 17 años, pero ya había aprendido lo suficiente para escribir ***El presidio político en Cuba***.

En Madrid realizó estudios superiores, los cuales culminó de manera brillante en la Universidad de Zaragoza. En la península fue testigo de un acontecimiento que aportaría luz a su formación revolucionaria: el establecimiento de la primera república española, a la cual dedicó, en 1873, comentarios que publicó en la prensa y en su trabajo ***La República española ante la Revolución cubana***.

El periplo vital del permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de la vida de Martí, favoreció el desarrollo de su universalidad. A su salida de España -a finales de 1874- le siguió un recorrido que incluyó París y Nueva York, tras el cual se radicó en México, país en que se puso en contacto directo por primera vez con la población indígena. Aquel encuentro sobrecogedor lo llevó a decir que hasta que el indio no se incorporara a la lucha por la liberación de América, ésta no alcanzaría su plena independencia. Fue allí donde inició el conocimiento directo de los países que llamaría "Nuestra América". Enriquece sus experiencias durante su estancia en Guatemala entre 1877 y 1878.

Regresó por unos meses a La Habana tras concluir lo que llamamos la Guerra Grande (1868-1878), conocida también como la de los Diez Años en la que no solo se mostraron los puntos máximos

de una época de gloria, de eterno y emocionado recuerdo, sino también evidenció que hacían falta otros hombres y otros métodos para dirigir la epopeya futura. El enfrentamiento bélico requería, además, un genio de la política, un talento intelectual del más alto nivel, un hombre de acción, pasión e imaginación. Este lo encarnó José Martí.

Tras este breve tiempo en Cuba es deportado nuevamente a España. Logra salir rumbo a Nueva York pasando otra vez por París. Después de algunos meses en la urbe norteamericana se trasladó a Venezuela, en cuya capital residió y se familiarizó aún más con el legado de Simón Bolívar, el prócer a quien tanto veneró y cuyas luchas se propuso continuar, se sintió su hijo y deudor y escribió emocionado: “¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...!”

En México, Guatemala y Venezuela se relacionó con el rico mundo cultural latinoamericano. Si en Cuba había conocido al negro, entonces condenado por la esclavitud, en aquellos países supo directamente del indio, lo que reafirmó su antirracismo. México, en particular, le brindó el panorama de las allí nacientes luchas de los trabajadores por justas reivindicaciones, e, incluso, participó en la defensa de estos.

“De América soy hijo: a ella me debo”, escribió el Maestro al abandonar Venezuela, en 1881, rumbo a Nueva York, y desde esta ciudad continuó su cruzada en favor de la unidad latinoamericana.

Al recordar su enunciado “Patria es humanidad”, cabría decir que Martí hacía política para la humanidad. La hacía, con claridad de su sentido universal, exquisitez en los métodos, firmeza indeclinable en los fines, previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y con pasión resuelta, serena y heroica por superarlos.

Esta originalísima combinación de elementos en una mentalidad privilegiada, con una vasta cultura, con una personalidad atrayente y sugestiva, lo convierte en el único cubano capaz de agrupar y fundir en un solo movimiento, resumir en un solo partido, concretar en un solo ejército, todo el esfuerzo del pueblo cubano por su independencia.

Dirigir la guerra con criterio político era el único modo de ganarla. Había que buscar formas concretas de organizar al ejército y los medios para auxiliarla y extenderla en todo el territorio; para ello se necesitaba unir las voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada. Con este fin fundó el Partido Revolucionario Cubano, el primero creado en América, y en el mundo, para organizar y conducir una guerra anticolonialista y de independencia. La novedad de este hecho basta por sí solo para explicar las perplejidades que provocó.

La lucha por la independencia de Cuba no sólo se libró contra el colonialismo español, sino también, y de manera muy esencial, contra las desmesuras del Norte.

Martí se instala en New York en 1880 coincidentemente con el ascenso económico e industrial de Estados Unidos y donde ardían las corrientes universales más contradictorias del pensamiento de aquella época. Y allí confirma que en Cuba y Las Antillas está la clave del destino del Nuevo Mundo.

La década de 1880 a 1890 resultó decisiva para los Estados Unidos y determinante para la formación política de Martí, quien estuvo allí entre 1880 y 1895. Fue el país donde, después de Cuba, vivió más tiempo, y uno de los que conoció más profundamente. Una colección de sus escritos aparece bajo el título ***Escenas norteamericanas.***

A propósito del Primer Congreso Panamericano, celebrado en Washington, Martí advirtió previsoramente, en 1889, la atención que

merecía Estados Unidos en cuanto a su interés en extender sus dominios en América y apoderarse de Cuba y las Antillas, para de este modo fortalecerse como potencia ante el mundo, y anunció, hace ya más de un siglo, la urgencia de que los pueblos americanos se prepararan para una segunda independencia contra un imperio universal.

Nadie ha escrito con mayor profundidad acerca de la historia de los Estados Unidos, sus costumbres, su acelerado desarrollo económico, los procesos electorales inescrupulosos y corruptos, las carencias en su vida espiritual, como lo hizo José Martí.

La clave de su vida como revolucionario y como pensador está en la articulación, en su carácter y en su mente, de ciencia, conciencia y hombre de acción. Y lo hizo a partir de su ética, porque Martí era un hombre medularmente ético, y en él estas categorías se articularon en la práctica sobre el fundamento de una alta conciencia moral.

En la cultura de Martí latían el pensamiento y la sensibilidad cristianos en su expresión más pura y original. Dijo. “en la cruz murió el hombre en un día, pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”. La dignidad de su conducta le permite, sin ser un guerrero, tomar conciencia de que la guerra constituía una necesidad objetiva para la independencia de Cuba, y comprender que debía enseñar con el ejemplo. Ahí está la raíz de la tragedia de su caída en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895, a poco de iniciada la guerra que él preparó y convocó. En ello está la esencia de su virtud educativa, la prueba definitiva de la consecuencia de su vida.

Un aspecto esencial de la cultura de Nuestra América está en su universalidad y su aspiración a la integralidad del saber. Con este sello intelectual se pueden desarrollar las condiciones para fundamentar en la conciencia social la noble aspiración martiana contenida en el

principio *Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.*

Lo más importante para el siglo que comienza está en que las enseñanzas de su vida forman parte de la mejor tradición política, educacional y cultural de la América de Bolívar y de todos sus próceres y pensadores, y en esa tradición están presentes ideas y sentimientos indispensables para enfrentar los desafíos que tiene ante sí la civilización occidental.

Los cubanos estamos llamados a meditar sobre la realidad de hoy, cargada de incertidumbre y de crisis en el sistema capitalista burgués a nivel internacional. Están teniendo lugar evidentes procesos en los que se manifiestan agudas contradicciones que se vienen manifestando, en el plano ético y jurídico, en la superestructura de los países capitalistas y en especial en Norteamérica. Estamos en presencia de una quiebra ética que hombres de profundo saber consideran solo comparable a la que tuvo lugar en tiempos de la caída del imperio romano. Tomaremos como punto de referencia aquella experiencia histórica para valorar las situaciones por las que atraviesa la civilización capitalista moderna y en particular lo que viene ocurriendo en la sociedad norteamericana. En efecto, la decadencia de Roma, Grecia y el mundo antiguo de la cuenca del Mediterráneo, de hace mil quinientos a dos mil años presenta notables paralelos con lo que está ocurriendo en nuestros días.

La llamada globalización neoliberal está, de hecho, provocando la fragmentación del mundo tal y como sucedió con la decadencia romana tras los dos primeros siglos de nuestra era.

Hace mil quinientos años se desplomaron las viejas civilizaciones esclavistas de Europa, cuyo centro de irradiación más importante se hallaba en Roma y Grecia, y arrastraron con su derrumbe a todo el mundo antiguo. Aquel proceso de descomposición,

que culminó a mediados del primer milenio con la extinción del viejo sistema de dominación, se derivó del hecho de que el antiguo imperio abarcó una inmensa extensión de territorio y no pudo hallar las formas institucionales y culturales capaces de facilitar el gobierno de tan vastos espacios geográficos. Desde luego, las viejas sociedades esclavistas no tenían posibilidades prácticas de encontrar formas institucionales capaces de darle continuidad y perdurabilidad a su dominación. Se necesitaba una escala superior del saber a la que, desde luego, ellos no podían arribar

Hoy cabe preguntarse si en Estados Unidos existe el nivel intelectual, moral e institucional para semejante empeño en el siglo XXI. Es evidente que con lo que representan el impuesto Presidente Bush y los señores que se han adueñado del gobierno, esta posibilidad no existe. No cuestiono que en Estados Unidos existan fuerzas que tengan potencialmente la capacidad de unir al país para enfrentar la naturaleza del drama que tienen ante sí, pero no se vislumbra fácilmente una solución. Menos podría cuestionar que en la sociedad estadounidense en su conjunto existan estratos de población que en un futuro, a mediano o largo plazo, se planteen el camino de una institucionalización superior a la ya vencida, pero esto es por ahora sólo una hipótesis. Lo que resulta evidente es que los gérmenes internos de fractura de una sociedad que se integró por los movimientos migratorios y en la que prevalece la discriminación a todos los que no son blancos sajones, están a la vista de todos. De cualquier manera, no es fácil predecir su futuro.

Las ideas liberales crecieron a partir de las gestas independentistas. Posteriormente, el pragmatismo y el individualismo propiciaron un proceso que hoy se caracteriza por la fragmentación cultural. Esto lo confirma de forma documentada Daniel Bell, profesor de la Universidad de Harvard, en su obra titulada *Las contradicciones*

interculturales del capitalismo. Se trata de un intelectual que nadie puede situar fuera de los intereses generales del sistema norteamericano, que llega, sin embargo, a esta dramática conclusión, señala que: (cito) “El modernismo está agotado y ya no es amenazador. El hedonismo remeda sus estériles bromas. Pero el orden social carece de una cultura que sea una expresión simbólica de alguna vitalidad o de un impulso moral que signifique una fuerza motivacional o vinculatoria. ¿Qué puede mantener unida a la sociedad, entonces? Seguidamente apunta: En esta disyunción reside la crisis cultural histórica de toda la sociedad burguesa occidental. Esta contradicción cultural constituye, a la larga, la división de la sociedad más cargada de consecuencias.” (fin de la cita)

Estas reflexiones formuladas por académicos norteamericanos confirman que está teniendo lugar un declive en el pensamiento estadounidense. Su expresión más evidente está en que los derechos del individuo se han llevado a la exacerbación individualista con la que tratan de explicar intelectualmente y cínicamente el descontrol sobre la tenencia personal de las armas de fuego, el uso de drogas, que llegan incluso hasta las escuelas, la pornografía infantil y la violencia que desbordan los medios de comunicación masiva.

En lo que se refiere a la situación en América Latina y el Caribe es útil estudiar la crisis y fractura de la izquierda en el siglo XX, la que tiene que ver con lo que quedó olvidado de la civilización occidental. Porque esta no es sólo la crisis de la llamada izquierda, sino de la civilización occidental en general. No obstante, quienes tenemos pensamiento radicalmente humanista debemos aprovechar las lecciones que nos brinda la experiencia histórica para superar ese déficit. Las consignas y programas políticos de la izquierda en la centuria recién concluida se fundamentaban en aspiraciones de transformación en el terreno socioeconómico. Esto es enteramente

válido, pero para asegurar la correcta interpretación y darle la debida orientación a los procesos revolucionarios es necesario que estos elementos se relacionen con el tema peor tratado en la larga historia de la evolución occidental: la cuestión ética.

El acierto y la fuerza de la revolución cubana ha estado y está en que abordó con rigor tanto la necesidad de liberación humana como el sentido ético de la vida que constituye la piedra angular de la mejor cultura occidental.

El maestro fundador de la escuela cubana, José de la Luz y Caballero, al señalar que *la justicia es el sol del mundo moral* estaba colocando como tema central de las ideas cubanas a lo largo de dos siglos de historia, al tema de la ética. En esa tradición se sintetizan las más importantes exigencias prácticas de nuestra patria, y marcó desde el comienzo, y seguirá así en el futuro, la marcha de la revolución victoriosa en el nuevo milenio.

La fractura entre los programas de justicia social de un lado y las aspiraciones morales del otro, o simplemente el situar estos dos planos paralelos, pero divorciados, constituyen la causa de fondo de que no se haya mantenido una izquierda victoriosa en América Latina durante el siglo XX. Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social están en la esencia de las victorias revolucionarias en la segunda mitad del siglo XX.

Hoy, algunos en Europa plantean renovar la modernidad desde la propia Ilustración. Todo nuestro esfuerzo de renovación de la Modernidad de hoy debe hacerse a partir de la tradición latinoamericana con su enorme arsenal de las antiguas culturas aborígenes.

Para cualquier análisis sobre la Ilustración y la Modernidad es preciso tomar en consideración las enseñanzas de los grandes maestros de América Latina. José Martí promovió la renovación de las

ideas revolucionarias con la herencia que recibió de los forjadores de la primera mitad de la decimonónica centuria. Todos ellos lo hicieron desde la óptica de los intereses de la población esclava y explotada de América Latina. En Martí aparece como un rasgo esencial la idea integracionista heredada de Bolívar, la reivindicación de la autonomía de nuestra cultura y el análisis y denuncia del imperialismo norteamericano.

Decía Alejo Carpentier, a propósito de la Revolución de Haití, que a diferencia de Europa, que se planteaba la independencia frente a la monarquía y a Dios, en nuestra área ese proceso encarnó la aspiración a la emancipación política radical. La idea de la independencia del hombre es llevada, pues, al terreno de las exigencias políticas y sociales más concretas.

Para estos propósitos, Cuba ha contado con un gran paradigma: José Martí. Lo es porque en él se sintetiza de modo ejemplar una larga legión de héroes, próceres y pensadores de un siglo de hechos e ideas que revela el carácter singular del proceso cubano y lo sitúan como la continuidad histórica, a finales del siglo XIX, de la epopeya independentista de nuestra América de sus comienzos.

Es precisamente asumiendo esta tradición martiana y además el pensamiento social y filosófico más avanzado de la Edad Moderna, lo que nos permite hoy resaltar la importancia de los factores económicos y sociales y reconocer a su vez el valor de la psicología individual y colectiva. De aquí el acento en la transformación moral del hombre a través de la educación y de su capacidad de asociarse en el trabajo y en el estudio. Asociarse es el secreto único de los hombres y de los pueblos y la garantía de su libertad subrayó el Apóstol.

Se gesta una conmoción económico-social de vasto alcance en el sistema burgués imperialista y, por tanto, a escala universal. Lo ha denunciado el cro. Fidel Castro y lo reconocen los principales

economistas del mundo. Desde distintas ópticas lo confirman las Conferencias de Davos y de Porto Alegre. Estos desafíos nos obligan examinar con todo el rigor del siglo XXI, los temas ideológicos y culturales que en veinte siglos de historia han quedado pendientes. Es imprescindible reflexionar sobre ellos, podemos hacerlo a partir de la experiencia de los siglos anteriores, especialmente el XX.

La centuria recién concluida hizo aportes trascendentales en el terreno científico y tecnológico, pero ha dejado un gigantesco déficit moral y ético en la vida espiritual que está a la vista de todos. Es imprescindible situar la cultura y la inteligencia en lo más alto de la escala del saber y del sentir. Hay un hecho bien real, se ha demostrado que no basta con la ciencia y la razón fría, es indispensable analizar la rica tradición utópica y estudiarle desde el punto de vista científico.

La cultura latinoamericana de los siglos XIX y XX, que se nutrió de las ideas de Bolívar, Martí y los próceres y pensadores de nuestra Patria Grande, puede ofrecer al mundo una visión actualizada y renovada a partir de la historia espiritual de Occidente si la fundamentamos científicamente y exaltamos la utopía universal del hombre.

Para pretender un pensamiento latinoamericano y caribeño en el siglo XXI, no hay mejor camino que estudiar la vida y la obra de los grandes próceres y pensadores de nuestras patrias. Si se tratara de hacer, como en el pasado ha ocurrido, debatiendo concepciones políticas, filosóficas o sociales en un plano abstracto, no saldríamos del laberinto ideológico en que estamos inmersos. En cambio, estudiando la historia real de las ideas de nuestros grandes, podremos encontrar caminos de cohesión, articulación y acciones conjuntas a favor de la liberación humana.

La América de Bolívar y de Martí tiene argumentos para probar hoy, con el rigor del pensamiento científico y mostrando la dramática realidad de los hechos, que el sueño milenarista de la utopía universal del hombre es la única posibilidad real de salvar a la especie humana de su posible extinción. Queden atrás viejas polémicas sobre ideologías y doctrinas encerradas en dogmas, la maldad y la torpeza. Estudiemos todas las figuras que señalaron el camino de nuestro *pequeño género humano* —como nos caracterizó Bolívar. Aprovechemos todo el caudal que está a nuestra disposición en la prehistoria y en la historia de América y, desde luego, su cúspide, el pensamiento emancipador de los siglos XIX y XX.

Esta cultura constituye la reserva espiritual más valiosa del llamado Occidente y debe servir para sumir los desafíos que tiene ante sí. En dos milenios de historia nuestra civilización occidental dejó relegado a un plano secundario o totalmente subestimado, el valor de la cultura espiritual y, por tanto, de la ética, y esto podemos promoverlo sobre el fundamento de las raíces de la historia cultural de la patria de Bolívar, de Martí, y de tantos más. De lo contrario, el colapso que se avecina y cuyos síntomas están a la vista, nos hará retroceder a escala de la prehistoria, puede que entonces, civilizaciones con más larga historia cultural y espiritual, desplacen definitivamente del escenario planetario al Occidente civilizado. Puede, asimismo, ocurrir que el hombre llegue al fin de la historia y no al modo en que hablaron quienes representan la esclerosis del sistema social dominante, sino de una manera dramáticamente real, es decir, puede ser el final de la vida sobre la tierra. Esto si continuamos el camino del egoísmo generado por la miseria material y moral.

La esencia del drama está en que el imperio capitalista no posee la cultura necesaria para establecer y desarrollar un equilibrio universal entre los pueblos y las naciones, como soñó el Apóstol

cubano; trata de establecer un dominio mundial exclusivamente sobre fundamentos del desarrollo material y tecnológico, y esta no es fuerza suficiente para hacer prevalecer y perdurar históricamente una civilización. Se ignora que en la sustancia de todas ellas ha estado siempre viva la cultura espiritual. Este es un hecho objetivo que no se comprende por algunos porque los domina el egoísmo individual y la pereza intelectual.

En conclusión, subrayamos la necesidad de tener en cuenta dos planos esenciales, uno referido a la ciencia, y otro referido a la utopía:

- La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
- La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces profundas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana. En la civilización occidental ellas se nutrieron inicialmente, y en su ulterior evolución, del cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas.

En los años 60, Fidel Castro y el Che Guevara se colocaron en la avanzada del movimiento revolucionario internacional proclamando, desde raíces latinoamericanas, la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban

inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

Si América Latina sitúa hoy la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata tanto en lo nacional como en lo internacional, se habrá colocado, en el siglo XXI, en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal y podrá así enfrentar los graves desafíos que tienen ante la humanidad, estaremos en un lugar de vanguardia del movimiento social y filosófico –subrayo esta última expresión- de la contemporaneidad. Todo está en que sepamos situar la cultura en el centro de la acción política. Esta síntesis solo puede hacerse a partir de la cultura latinoamericana y caribeña.

Sin cultura y sin un trabajo elaborado con los intelectuales no habrá redención social porque no se alcanzará la unidad necesaria, tanto en lo nacional como en lo internacional, para alcanzar el alto objetivo de la liberación del hombre. Todo esto se encuentra en el sustrato del pensamiento de Martí, de todas nuestras grandes personalidades. El significado esencial de la inmensa y original personalidad del Apóstol cubano se halla en que no se trata de un hecho aislado en la historia de América Latina y el Caribe, forma parte de una larga cordillera de próceres y pensadores de Nuestra América a la que también llamó *América de los trabajadores* la cual se revela en una carga de ideas y sentimientos redentores como los que necesita la civilización occidental para enfrentar el desafío de la humanidad en el siglo XXI.

Con este caudal intelectual sería un crimen contra la humanidad permanecer en silencio e inactivos cuando podemos extraer de siglos de historia americana las enseñanzas necesarias para ayudar a la humanidad a enfrentar el siglo XXI. Sí, estamos convencidos que la América Latina y el Caribe tienen fuerza para darle el acento ético y espiritual que requiere la civilización occidental.

Por estas razones, la Comisión Nacional Conmemorativa del Sesquicentenario del Natalicio de José Martí ha decidido convocar los días 27 al 29 de enero del 2003, la Conferencia Internacional de pensamiento a fin de honrar a nuestro Héroe Nacional y a todos las grandes figuras de la historia latinoamericana y caribeña. Aspiramos así a encontrar nuevos caminos frente a la crisis ética y de ideas que atraviesa la civilización capitalista. Hemos titulado dicho evento *Por el equilibrio del mundo* que era, precisamente, uno de los objetivos esenciales de su cultura. Deseamos contar con la más amplia y activa participación en el mismo.

Paso a señalar los seis grandes temas que están en el corazón de las ideas que trataremos de dilucidar en dicha Conferencia:

- el primero se refiere a lo que él llamó *la ciencia del espíritu y los hechos espirituales*;
- en segundo lugar, aparece el tema de la unidad de la naturaleza en Martí y su análisis desde el punto de vista filosófico;
- el tercero aborda el análisis, denuncia y caracterización del imperialismo norteamericano y se señalan las razones principales del peligro que encerraba entonces para el mundo y que quedaron confirmadas en el siglo XX. Lo observaba en el desafío entre una economía orientada a exacerbar los egoísmos individuales y las debilidades de la vida cultural y espiritual.
- el cuarto se vincula al objetivo de ayudar con la independencia de Cuba y las Antillas al equilibrio del mundo;
- el quinto se refiere a la importancia de estudiar la relación entre el pensamiento ético, el poético y el estético de José Martí;
- el sexto aborda la importancia de la cultura jurídica y del derecho a la luz del pensamiento latinoamericano de José Martí.

Nuestro propósito no se refiere solamente a honrar a José Martí, sino a todos los próceres y pensadores de América Latina y el Caribe que han tenido presencia en estos dos últimos siglos.

En nombre de la cultura de Martí proclamamos que ha llegado la hora de promover la manera culta de hacer política que está en el sentido de nuestra historia y que es la única forma de hacer triunfar una revolución. Fomentar y promover, sobre sólidos fundamentos, la relación entre intelectuales y políticos es un aporte concreto para asegurar la victoria de estas concepciones.

Se trata, en efecto, de una cultura que constituye la esencial contribución cubana al acervo del saber político de Occidente y que consiste en superar radicalmente la vieja fórmula reaccionaria de divide y vencerás y hacer triunfar la de unir para vencer.

Y concluyo mis palabras con una idea central de nuestro Apóstol:
Ser culto es el único modo de ser libre.